

La ciudad, escenario de comunicación

La ciudad, escenario de comunicación

*Fernando Carrión y Dörte Wollrad,
compiladores*



Proyecto
Latinoamericano de
Medios de Comunicación

**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG

LA CIUDAD, ESCENARIO DE COMUNICACIÓN

Compiladores

Fernando Carrión y Dörte Wollrad

Edición

Fundación Friedrich Ebert Stiftung/Proyecto Latinoamericano de Medios de Comunicación y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO sede Ecuador

Fundación Friedrich Ebert Stiftung/Proyecto Latinoamericano de Medios de Comunicación

José Calama N° 354 y Juan León Mera

Casilla: 17-21-1993

Teléfono: (593-2) 231 620

Email: promefes@uio.satnet.net

Quito-Ecuador

FLACSO sede Ecuador

Páez N19-26 y Av. Patria

Casilla 17-11-06362

Fax: (593-2) 566 139

Email: flacso@flacso.org.ec

Quito - Ecuador

Derechos de autor: 012800

ISBN: 9978-94-112-6

1^{ra} edición: 1000 ejemplares

Diseño de portada: Antonio Mena

Diagramación e impresión: NINA Comunicaciones, telefax: (593-2) 526924

Quito - Ecuador, 1999

Índice

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN , <i>Dörte Wollrad</i>	11
Ciudad, espacio público y comunicación	11
Ciudad	12
Ciudadanía	13
Espacio público	15
Comunicación	16
Conclusiones	19

PARTE I

GOBIERNO DE LA CIUDAD Y COMUNICACIÓN

Políticas urbanas y producción de imágenes de la ciudad contemporánea: un análisis comparativo entre Barcelona

y <i>Curitíba</i> , <i>Nuria Benach /Fernanda Sánchez</i>	23
Introducción	23
Políticas de promoción de las ciudades y producción de imágenes	25
Ciudades-espectáculo: innovación y comunicación	30
Comunicación ciudadana y construcción del consenso	41
Algunas consideraciones finales	47
Comentario , <i>María Arboleda</i>	53
Réplica , <i>Nuria Benach y Fernanda Sánchez</i>	65

Gobierno de la ciudad y comunicación , <i>Fernando Carrión</i>	67
Introducción: la ciudad comunicadora	67
Comunicación y ciudad: una realidad dinámica e histórica	68
La ciudad es un medio de comunicación especial	69
Ciudad y comunicación: una relación distante	73
Comentario , <i>Alexandra Ayala</i>	87
La comunicación es estratégica	88
Relaciones sociales, relaciones de comunicación	90
Crear otros escenarios y otras mediaciones	91
Cambiar la forma de comunicación	93

PARTE II

CIUDAD, CIUDADANÍA Y COMUNICACIÓN

Ciudadanos de la ciudad: cambios e incertidumbres

comunicativas , <i>Rosa María Alfaro</i>	97
La ciudad sin fronteras: desde la mirada del barrio hacia la política ..	98
Televisión, radio y prensa en las territorialidades políticas	104
El ciudadano en repliegue desde la ciudad-noticiero y despolitizada ..	109
La protesta en la ciudad	113
Comunicaciones políticas de futuros inciertos	118

Comentario, Marena Briones	121
De la oralidad a la escritura	121
Un punto de partida	122
Ciudad y comunicación	123
Dos preguntas claves	124
La respuesta clave	126
Territorio, comunicación e identidad	
-apuntes sobre la vida urbana-, Mabel Piccini	127
El encuentro de los mundos: heterogeneidad y pluralidad cultural ..	129
La pulverización del espacio público	131
Las tecnologías del poder	135
Marginalidad	139
De la asignación de identidades	142
Territorios audiovisuales: vámonos por la paz	143
La ciudad sin cuerpo y sin cuerpos: comentarios sobre el papel	
de las jergas académicas para estigmatizar lo urbano, Shanti Pillai ..	149
Abstracciones y llantos	149
Anónimos y reaccionarios	152
Comentario, Pilar Núñez	159
Comunicación intensificada y cultura ciudadana:	
caso Bogotá, Antanas Mokus	167
Ciudadanía cultural y las organizaciones vecinales en la	
ciudad de México, Patricia Safa	179
Cultura y territorio: dos conceptos claves para estudiar	
las organizaciones vecinales	181
Ciudadanía cultural y la lucha por la ciudad	184
Las demandas vecinales	186
La preservación de las identidades territoriales: una estrategia	
para la democracia	189
Reflexiones finales	194
PARTE III	
LOS IMAGINARIOS Y LA URBE	
Ciudad, imaginarios y televisión, Armando Silva	203
Comentario, Máximo Ponce	213
Comentario, Fedy Rivera	217
Una comunicación con altura: una estrategia de comunicación	
para la ciudad de La Paz, Adalid Contreras	221
La Paz es una ciudad mixtura	222
La multiplicidad y heterogeneidad de los medios	230
Una ciudad mestiza.	233
Principios	235
Sistema municipal de comunicación	237

Territorio, comunicación e identidad

–apuntes sobre la vida urbana–

*Mabel Piccini**

El crecimiento desmesurado de las grandes ciudades en las últimas décadas, junto con procesos concomitantes como la globalización económica y cultural y lo que podríamos designar como la urbanización ingrátida de la videoesfera, no solo nos ubican en procesos de vertiginosa transformación sino, por ello mismo, ante el cambio de perspectivas en los estudios culturales. En este cambio de perspectivas parecen condensarse, como paradigma contemporáneo, la mundialización de las economías, la mediatización de la sociedad, la ‘modernidad’ de las formas estéticas (sean estas artísticas, arquitectónicas, del diseño o del ciberespacio). Hoy, la ciudad es tema central en las reflexiones antropológicas, sociológicas y semióticas tanto de los países postindustriales como de los países subordinados o periféricos, como el lugar en el que se despliegan procesos de ‘comunicación generalizada’, de fluidez de los sistemas, de circulación rápida de los bienes, los cuerpos y los objetos y de todas las analogías y metaforizaciones que pueden promover las culturas de la imagen.

Sobre estos temas existen en la actualidad numerosos estudios que aunque tributarios de diferentes perspectivas nos permiten, precisamente por su heterogeneidad, aproximarnos a los diversos ángulos y perfiles de las grandes ciudades y, también, imaginar un cierto paisaje

* Departamento de Educación y Comunicación. Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco. México D.F.

de fin de siglo. Entre ellas rescatamos algunas ideas que se repiten con cierta insistencia (una especie de cartografía) de los lugares comunes, en el doble sentido de la palabra, que son de todos y que se repiten): el predominio de la multiculturalidad en las grandes ciudades, el nomadismo como forma de vida aunque también, como su opuesto, el desmoronamiento de lo social y de la vida pública, el florecimiento del individualismo y el retorno a la vida privada, el predominio de lógicas de supresión del espacio y de 'aceleración' de los tiempos históricos, la emergencia de nuevas reglas de exclusión desde los espacios urbanos y, finalmente, el triunfo de la comunicación a distancia y los trazados electrónicos como nuevos vínculos con el mundo. A grandes rasgos, estas son las ideas más recurrentes en los estudios culturales de la actualidad.

Sobre estas cuestiones quiero proponer una primera aproximación porque la reflexión contemporánea como testimonio de un estado de cultura nos permite entrever de qué modo hoy se construye una idea de ciudad y de ciudadanos, por consiguiente de territorio, de habitabilidad de los espacios, de relaciones intersubjetivas, como asimismo, inevitablemente, de identidad y de alteridad. Varios autores, como decía, van a coincidir en que la excentricidad creciente de las grandes ciudades, o si se quiere, la metrópoli contemporánea, es la metáfora privilegiada de la experiencia del mundo moderno. Esta experiencia estaría marcada, entre otras cosas, por la complejidad cultural y el reino de la incertidumbre. Se trata, dice Chambers de una realidad multiforme, heterotópica, y básicamente de diáspora. Es decir, un estado de casi permanente extranjería, de deslocalización y de migraciones, psicológicas y sociales (Chambers 1995:127 y ss). En otras palabras, del exilio como estilo de vida y principio de comportamiento.

Hay un primer aspecto que quiero destacar en estos estudios: la extrema polarización que existe entre unos y otros; por un lado, una cierta exaltación de nuevas modalidades de experiencia presididas por la multiculturalidad, el nomadismo y la hibridación de las costumbres y las formas como clave de vida y, por el otro, la presencia de un discurso que atiende en lo particular al desarraigo, la soledad y la segregación en las nuevas sociedades así como la existencia de ámbitos des-

localizados y en último término del eclipse de la sociabilidad y de los estilos políticos tradicionales.

A partir de estos trazados trataré de situar algunos de los problemas que considero relevantes y mi propia posición ante ellos, tomando como motivo de estudio la ciudad de México en la que coexisten, sin mayor discontinuidad, los grandes enclaves de la riqueza y la modernización así como las formas degradadas y envilecidas de la extrema pobreza y de la corrupción.

El encuentro de los mundos: heterogeneidad y pluralidad cultural

Para los primeros estudios, a los que por facilidad llamaré la celebración del nomadismo y la multiculturalidad, existe como virtud en los nuevos enclaves, aún los de los países pobres, procesos continuos de experimentación, de desplazamiento, la mezcla de voces y culturas, el reconocimiento de los otros y lo diferente. Según estas perspectivas ya no existirían territorios locales en estado puro sino por el contrario, todos son a la vez nacionales y globales, por lo tanto sin componentes fijos, puesto que serían sometidos a procesos continuos de transitoriedad y de mutación. En otros términos, parecería despuntar con las nuevas modalidades de urbanización –y las de los intercambios planetarios– el dominio del diálogo y el reencuentro con los demás. Para ser más gráfica, basta una cita de Grail Marcus en la que trata de referir el clima de las grandes ciudades: "esa magia en que la conexión de ciertos hechos sociales con ciertos sonidos crea los símbolos irresistibles de la transformación de la realidad social"(Citado por Chambers op. cit: 130-131).

Parte de esa magia, diversos autores la conectan, en una lectura muy particular de Walter Benjamin, con algunas de sus ideas sobre las industrias culturales: lo que estas aportarían –y podemos agregar en la actualidad al ciberespacio– es una suerte de conmoción o sacudimiento de los elementos de la tradición a través de la reproducción técnica y la secularización de la imagen. Los resultados, desde la perspectiva del consumo cultural, serían una recepción distraída en la que todos somos expertos: todos aprendemos a movernos dentro y alrededor de los lenguajes de los mass-media lo que nos introduciría en la posibilidad

de vivir una 'estética metropolitana', "la de una democratización latente del uso de los sonidos, signos e imágenes contemporáneos, y del espacio para una política insospechada de la vida cotidiana"(op. cit. 134). Los debates sobre estos asuntos, sostiene Chambers, atraviesan el conjunto de lo que podríamos llamar modernidad, en que la nostalgia por la unidad perdida (véase el caso de los estudios de Frankfurt, particularmente Adorno y Horkheimer) es un sentimiento fuera de lugar. Lo que resta ahora es la presencia de subjetividades heterogéneas. Son las historias particulares las que nos permiten reconsiderar el sentido contemporáneo de la ciudad, de sus lenguajes, culturas y posibilidades (op. cit. 144).

Como sabemos, sin embargo, la 'modernidad', en su fase actual, como proceso de 'modernización' y eficiencia tecnológica y tecnocrática, intenta recubrir todas las esferas de la vida social. En esta fase de la 'comunicación generalizada' se transforman aceleradamente las formas de constitución de la opinión pública, los diálogos sociales y, también, los lenguajes de diferentes comunidades. A la vez, la intensificación de las redes de comunicación, el flujo ininterrumpido del discurso social, aseguran una nueva diagramación de los espacios colectivos y auguran la aparición de una sociedad de espectadores. Los lugares ondulatorios de las nuevas tecnologías y los consecuentes procesos de 'mundialización', efectúan una conexión inmediata entre lo disperso y lo diferente aboliendo fronteras regionales y abriendo un horizonte de expectativas en el que los ciudadanos –o al menos las minorías que dectentan ese rango– tienden a convertirse en ciudadanos del mundo.

En un texto muy conocido, Gianni Vattimo (1990) define como característica relevante de las sociedades actuales, la de ser sociedades de comunicación generalizada en la que los *mass media* regulan la mayoría de los intercambios culturales. Cabe recordar algunos de los efectos que atribuye a la industrialización y masificación de la cultura en las sociedades contemporáneas. En principio, el fin de la modernidad y la disolución de una idea unitaria de la historia. Los regímenes de comunicación generalizada y también el imperio de las culturas efímeras habrían contribuido a la erosión de los grandes relatos a través de la pulverización de las visiones del mundo hasta el límite de lo caótico. El fragmento como estilo narrativo, la información cotidiana que

debe renovarse por su condición precedera, la misma fugacidad de las imágenes de débil definición, son algunas de las coordenadas de una cultura frágil que por esa su íntima naturaleza pondrían en cuestión los fundamentos teleológicos de la racionalidad moderna.

Pero estos postulados no llevan al planteamiento de que las máquinas de visión despliegan una realidad transparente. Más que una puesta en escena de 'lo real en sí', las culturas de la imagen emplazarían, por el contrario, una suerte de 'fabulación del mundo' que se construye, con independencia de cualquier voluntad expresa, a través de numerosas perspectivas visuales y culturales. La yuxtaposición de estas perspectivas, a veces la contradicción manifiesta de estas en el caudal de mensajes que establecen extrañas relaciones de contigüidad, promoverían la erosión del propio principio de realidad, esto es, un estado oscilatorio que hace vacilar la posibilidad de una interpretación unívoca ante la llamada realidad.

Para Vattimo, esta construcción de lo real figurado, el entrecruzamiento de sentidos, los puntos de vista contrastados entre minorías (sexuales, étnicas, religiosas o estéticas) que, según esto, hoy ocupan la escena de los medios, y por consiguiente de las ciudades, sería el cauce que desata una nueva idea de pluralidad. De este modo, asistiríamos al quiebre de un tipo de racionalidad que iluminó las visiones del mundo de las sociedades modernas: esta ruptura se expresa en el pasaje de una idea de la historia como foco integrador de los heterogéneos acontecimientos sociales al descubrimiento de una 'multiplicidad de racionalidades locales' que producen una especie de 'extrañamiento' ante la diversidad de lenguas menores, de dialectos, de relatos fragmentarios, de dispersión. Este estado de cultura en el que predominarían los elementos dispersos y a veces marginales así como las singularidades de los diferentes actores sociales constituirían la manifestación de una libertad política fundamental: la libertad de expresión de la pluralidad de intereses y energías sociales en las ciudades contemporáneas.

La pulverización del espacio público

Para otros (Joël Roman, *Esprit*, 5) casi con las mismas razones y con los mismos datos, cabría una interpretación opuesta: la gradual desaparición del espacio público, una 'ociabilidad olvidada aquella que

se conocía tradicionalmente como urbanidad y también civilidad: esa inflexión del espacio y el tiempo urbanos que promovía al individuo y al conjunto colectivo bajo la especie de ciudadanía. Como lo sabemos, por la experiencia de nuestras ciudades latinoamericanas, la ciudad puede pasar a convertirse en objeto de memoria, reliquia, como es el caso del centro histórico de la ciudad de México instituido en patrimonio histórico de la humanidad por las Naciones Unidas. El resto, el margen de lo *viviente*, podríamos llamarle, se convierte en una réplica urbanística y social de las ciudades dominadas por el gran poder mundial (o transnacional), idénticas en su funcionamiento abstracto, definitivamente desterritorializadas, convertida en no-lugares, o en lugares de confinamiento y exclusión (Roman 1999:5).

Roman sostiene que en la ciudad convergen tres crisis: una crisis de nuestra representación del conflicto social y de las formas que adquiere la fractura social bien representada en la expresión sociedad dual o sociedad de la exclusión; una crisis de la urbanidad, de las formas de sociabilidad ligadas tradicionalmente al hábitat urbano debido a la presión individualista, y finalmente una crisis de las formas instituidas de la comunicación social, del intercambio político, del espacio público y de la representación política. Estaríamos ante lógicas del confinamiento o de la 'relegación', asunto que veré más adelante.

Surge, en estos estudios, una nueva noción de lo urbano: el triunfo de la civilización urbana (transportes y telecomunicaciones) por un lado y por el otro lo que se concibe como la muerte de la ciudad tradicional. Reconquistar la ciudad significaría encontrar la exacta distancia entre la identidad comunitaria y la extranjería impersonal, la exacta distancia para que la política renazca en las ciudades. Las culturas contemporáneas no pueden pensarse fuera del crecimiento de las ciudades, piensa Françoise Choay (Citado por Roman op. cit: 6). Y, ampliando el sentido de la afirmación, podría decirse que las sociedades actuales solo pueden ser concebidas como el triunfo de lo urbano. Lo urbano entendido, en su carácter de sistema operatorio que se desarrolla en todos los lugares, en las ciudades y en el campo, en los pueblos y en los barrios, a partir de redes materiales e inmateriales y de un conjunto de objetos técnicos que ponen a circular un mundo de imágenes e informaciones que transforman los vínculos que las sociedades

mantienen con el espacio, el tiempo y los individuos. La proliferación de lo urbano sobre el tejido social pondría en cuestión la antigua solidaridad entre *urbs* y *civitas*, con lo que la interacción entre individuos y grupos es al mismo tiempo desmultiplicada y deslocalizada. La pertenencia a comunidades de interés, sostiene Choay, no se funda más en la proximidad ni en la densidad demográfica local. Transportes y telecomunicaciones nos involucran en relaciones cada vez más numerosas y diversas; ahora, integrantes de colectividades abstractas, las implantaciones espaciales ya no se presentan ni coinciden con la estabilidad en la duración.

Si la ciudad fue tradicionalmente el espacio de elaboración de la ciudadanía (el ágora griega, la plaza pública del Siglo de las Luces) hoy ese espacio ha estallado entre un espacio sin fronteras ni límites que se orienta hacia la utopía de una comunicación generalizada, la de los medios, y el espacio de las 'tribus' (Maffesoli 1990), restringido, casi privado, donde se expanden nuevas subjetividades, identidades fortalecidas en su propio exclusivismo y en sus propios procesos de 'personalización' o narcisismo, como se lo quiera ver. Es decir, estaríamos entre espacios y procesos de mundialización y de localización individualista.

A propósito de este punto, quiero recordar a un pensador importante dentro de este campo, Richard Sennett y dos de sus libros más antiguos que conservan, sin embargo, a mi juicio, una gran vigencia: *Vida urbana e identidad personal* (1995) y el clásico *El declive del hombre público* (1978). Hay unas ideas que todavía siguen teniendo alguna resonancia, sobre todo en el primer libro, que me sugirieron ciertas cosas en relación a las metrópolis contemporáneas. Sobre todo la descripción de Sennett relativa a la configuración y trazados de las ciudades norteamericanas, hace varias décadas, cuando despuntaban los suburbios como modalidades de reclusión entre bardas protegidas. El suburbio como ghetto donde tienes todo y para qué vas a salir, ante los peligros y las crecientes inseguridades de la vida urbana, se convierte en forma de segregación de la ciudad, de encierro.

Ante esta retirada a los suburbios de masas crecientes de población, Sennett advierte una nueva modalidad de vida cotidiana, que podríamos definir, también, como una nueva configuración de la vida privada. La aparición de lo que él llama la *familia intensa*: nueva reagru-

pación de las energías colectivas en unidades mínimas con el propósito de alcanzar una especie de identidad purificada. El mito que llevaba a perseguir esta suerte de purificación de las identidades, según las ideas de Sennett, se materializaba en los suburbios como espacios de defensa ante las posibles amenazas de la vida urbana (en su máxima latitud: la esfera pública). Sennett advertía en esta especie de autoexilio –que hoy podemos encontrar en nuestras ciudades– la fractura de ciertas redes de solidaridad, puesto que lo que se intenta es evitar el contacto con el otro en su desnudez o su potencial peligro. El otro como lo espurio ante la pureza de las redes familiares. La ‘purificación de la identidad’, en este caso, solo se lograría mediante la creación de intervalos que distancian a los ciudadanos, pintan la raya a los desconocidos y truecan el sentido de las redes urbanas y, por supuesto, de las redes culturales. La familia, finalmente es esa cápsula, el lugar de encuentro –y de repliegue– de vidas privadas.

Por ello, en la actualidad, la sobrevivencia de la familia bajo la figura de la familia conyugal compatible con los nuevos modos de producción puede ser entendida como la consecuencia de un conjunto de equipamientos colectivos que constituyen al lado de la fábrica y la vivienda, *un dispositivo que en sus diferentes articulaciones sostiene esta unidad mínima de parentesco*, órgano eficaz de los nuevos sistemas de poder. Por algo, la insistencia del urbanismo moderno y otras asociaciones en poner a la familia como ‘célula’ y fundamento de la sociedad, y a la vivienda o a la habitación como punto de partida de toda operación urbanística. Por el momento y por lo que diré más adelante, me interesa destacar cómo funcionan los equipamientos colectivos, al mismo tiempo como territorio no familiar pero también y simultáneamente como condición externa y constitutiva del funcionamiento de la familia conyugal. Si entendemos estos dispositivos como una suerte del inconsciente colectivo de la vida urbana, podríamos proponer en una primera interpretación, que de algún modo instituyen formas de desarraigo y aislamiento y otras modalidades que definen, el individualismo y el encierro de la vida contemporánea¹.

1 A propósito de estos temas ver el libro de Francois Fourquet y Lion Murard, *Los equipamientos del poder*, Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

De tal modo, y en función de lo que he venido refiriendo anteriormente, en la actualidad se produce una serie de deslizamientos y mutaciones con respecto a la figura y el rol del ciudadano que asume nuevos atributos al tiempo que redefine, en buena medida, su filiación territorial y tradicional: ahora es habitual hablar de usuarios, consumidores, beneficiarios de tal o cual servicio, servidores públicos, inmigrados y migrantes, paracaidistas y hasta de habitantes-receptores, entendiéndolo como el acto y el actor que recibe los múltiples mensajes de las culturas de la imagen. Estas figuras semánticas aluden a un nuevo tipo de poblador o habitante, a una mengua, si se quiere, de la ciudadanía; todos estos personajes emergentes siempre están en riesgo de 'desafiliación' que es decir de deslocalización, y desocialización. Las grandes metrópolis contemporáneas, en sus diferentes estilos, son, como lo sabemos, espacio de intercambios, estrategias y tácticas, ya sean parciales o intermitentes por parte de sus habitantes. Nadie escapa a la necesidad de sobrevivir al costo que sea. Porque, en efecto, la ciudad es habitada, atravesada, recorrida en múltiples direcciones, en un pulular vertiginoso. Pero son fragmentos de apropiación individual, a veces colectiva con las movilizaciones, que no alcanzan sin embargo a tener un sentido, a reconstruir una experiencia global, colectiva. Son islotes de vida que resisten a pesar de la confusión, la desorientación y el caos, en la mayoría de los casos y sobre todo en los países periféricos.

Las tecnologías del poder

Cuando se habla de la desterritorialización de las ciudades modernas —y ya hemos visto que la idea es investida de diferentes valores según los autores— estaríamos aludiendo a la presencia de flujos abiertos que van socavando la idea de unidad y también lo que es tentativa y objeto del urbanismo: la codificación de las fuerzas y relaciones sociales. Ahora bien, ¿cuáles son las causas que la sustentan? Postularía, como es obvio y en primer lugar, que son las que propician en nuestros países las políticas neoliberales de modernización, pero esta es una afirmación general y abstracta, casi de sentido común, que nos impide ver algunos de sus resultados: las inmensas fracturas que se operan en el cuerpo social, la segregación de sectores enteros de la población, la

desigualdad o las distancias cada vez mayores entre clases, el aumento de la criminalidad y la violencia como síntomas de la descomposición social y la presencia de un tajo abierto en los estilos tradicionales de convivencia. Todo ello es materia para producir la excentricidad generalizada del espacio urbano en donde convergen múltiples ciudades en una ciudad y múltiples equipamientos que intentan controlar el desorden y la anarquía.

Esto es algo diferente a imaginar la ‘magia’ de la multiculturalidad o de la hibridación en los intercambios materiales y simbólicos de las ciudades, así como las participaciones vicarias en el consumo como forma de vínculo social, o si se quiere, de integración entre grupos que tendrían como punto de convergencia una parecida valoración de los objetos y mercancías del mercado. Los que pueden poseerlas porque las poseen y los que no las poseen porque desearían poseerlas: efecto de publicidad o de deseo se ha escrito bastante sobre esta pulsión colectiva y de supuesta integración por la cual el consumo, dicen, sirve para pensar y relacionarse en una sociedad. Este es un punto importante para analizar, aunque por razones de espacio, no las profundizaré en este momento.

Lo que sí podemos afirmar, con mínimo margen de error, es que las codificaciones recurrentes de los equipamientos urbanos y las reconfiguraciones ante las sucesivas transformaciones poblacionales y territoriales son insuficientes para contener los flujos desterritorializados en nuestros países: los desplazamientos e incertidumbres de los grupos y los individuos, el crecimiento de las mafias –en las altas esferas y en las expresiones de la miseria– y las nuevas institucionalizaciones informales de la marginalidad. La planificación urbana, en todo caso, tiende cada vez más a la búsqueda de nuevos territorios seguros –reterritorialización permanente– ejercicio de actualidad en el que se renueva la necesidad de impulsar y poner orden dentro de la anarquía. De tal modo podría postularse que las ciudades multiculturales y la reciente proliferación de nuevos equipamientos colectivos (ejes de circulación rápida, centros comerciales, supermercados, centros de salud, nuevos centros culturales, cines encapsulados como cajas de cartón, modernización de los centros financieros, etc., todos ellos resguardados con sistemas extremos de seguridad electrónica y de guardias armados) pa-

recen presentar la paradoja de que en vez de producir ciudad producen una no-ciudad, un proceso gradual de desurbanización de los espacios públicos o, de otro modo, la ampliación interminable de espacios del anonimato y, por consiguiente, de la ruptura de los vínculos sociales.

Podemos vislumbrar estos trazados si hacemos un breve recorrido por la ciudad de México.

A partir del principio de los ochenta podríamos decir que la ciudad se colapsa con la crisis económica y a la vez, aunque suene paradójico, empieza un ciclo ininterrumpido de modernización en diferentes órdenes de la vida social y urbana. La ciudad de los palacios, la región más transparente, comienza a delinearse como un laberinto prisionero de la contaminación en sus diferentes modalidades: la del aire, la de la corrupción, la del narcotráfico, la de las mafias organizadas.

La modernidad se manifiesta en los nuevos trazados urbanísticos y los emplazamientos colectivos que van cambiando el paisaje, los hábitos y las costumbres de sus habitantes. Lo que ya era un *palimpsesto* de geologías históricas ahora se convierte en una especie de *collage* cuyo tipo de hibridación y yuxtaposiciones no solo es difícil de descifrar sino básicamente de habitar o transitar. Propondría que por estas épocas, sin mayores precisiones, hay una especie de proliferación de no-lugares o espacios del anonimato que van cubriendo de manera definitiva la fisonomía de la ciudad. A la vez, lo que se produce de manera vertiginosa es el descentramiento de sus diferentes ejes de orientación: expansión descontrolada y desarticulación de sus puntos de referencia.

La técnicas de la velocidad y la eficacia parecen regir todas las decisiones acerca de los equipamientos urbanos; la ciudad comienza a convertirse en un derivado del movimiento y de la productividad, al menos como pretensión de los planificadores, de los políticos y de los empresarios. Proliferan los ejes viales que fracturan espacios, colonias, pueblos, destruyen espacios verdes y otras modalidades del encuentro urbano. La abstracción se manifiesta en que los ejes tienen números que han desplazado los nombres tradicionales de las calles. Un jeroglífico de señales que se ciñen claramente a la propia desorientación de la ciudad. A la vez, junto a las rutas de alta velocidad, se vuelve imprescindible acortar los tiempos del consumo: allí están como hongos que brotan de la tierra los centros comerciales y los supermercados en todas las colonias de algún prestigio o capacidad de consumo y aun en

las otras. Lugares de encierro y del corte preciso incisivo sobre la vida urbana en lo que todo es posible en las economías del consumo, plazas públicas y encerradas que facilitan los intercambios más inmediatos y la habitabilidad relativamente segura de la ciudad. No importa, como ha ocurrido recientemente, que estos emplazamientos se establezcan sobre centros ceremoniales prehispánicos, como es el caso de *Cuicuilco*, patrimonio histórico de este pueblo y para las Naciones Unidas. El capital no tiene patria, ni territorio. Sobre la singularidad irrepetible de una cultura que se remonta a diez siglos atrás, se imponen los diseños abstractos y sin duda percederos de la modernidad. Equipamientos construidos para su rápida obsolescencia, que no hablan ni representan a nadie. El tiempo ha sido cancelado. La historia pertenece a los manuales.

Mientras tanto perduran los tianguis, mercados populares en las calles que congregan a los sectores populares. Y también el negocio ambulante en el centro histórico de la ciudad que amafiados con las autoridades y sus propios caciques, entablan luchas feroces con los comerciantes instalados en el centro histórico. Allí refulge todavía la ciudad de los palacios. Huella histórica en la que conviven por igual las viejas reliquias prehispánicas con los monumentos hispanos de la cristiandad. Escenografía y puesta en escena turística del pasado, casi como correspondencia en su esplendor de los centros comerciales y sus glorias efímeras.

A su modo, este esplendor también es un no-lugar, un espacio turístico que rememora lo que pasó y que vive en los tiempos diurnos con los habitantes pobres que lo asaltan para sus transacciones y se disuelve como espectro en las noches, si acaso no hay abierta una cantina o una discoteca que, como aventura, siempre será zona de peligro. Lugar privilegiado para andanzas que simulan el recorrido por una ciudad desconocida.

La ciudad es un hervidero, los atoramientos de tránsito, un parque automotor que no tiene cabida en las circulaciones preestablecidas, el metro que se congestiona de manera alarmante en las horas pico, los peseros, los autobuses en una carrera contra el tiempo. Mientras, crecen los suburbios en la ciudad sin centro, todo nuevo proyecto habitacional asegura que los habitantes podrán replegarse hacia zonas menos amenazantes que los centros –múltiples– de la ciudad turística o de la ciudad marginal.

Los equipamientos colectivos, por el momento y sin muchas posibilidades, estarán en la retaguardia del crecimiento desmesurado y de las necesidades de la población. Así como los centros comerciales, surgen los estacionamientos subterráneos o aéreos, lo mismo da, o los cajeros automáticos, casi uno en cada calle de las diferentes colonias. Y al mismo tiempo, el discurso de la prevención: cuidarse, protegerse de los asaltos, asumir determinadas conductas y horarios para evitar que un simple trámite se convierta en asalto, secuestro, robo o cualquier otra fórmula de la delincuencia. Los discursos circulan como volantes, la televisión a su vez se encarga de amplificarlos en la nota roja. Nadie puede estar desprevenido en la ciudad de los palacios.

También se concentran en equipamientos similares, las salas de las bellas artes, los multicinemas, los teatros, las discotecas, todos contruidos sobre la base del achicamiento del espacio, de su domesticación y, sobre todo, de la congregación controlada de los flujos poblacionales, de los cuerpos, de los individuos, con estacionamientos subterráneos y líneas de orientación cerradas ante las amenazas del espacio exterior, es decir del espacio urbano. Podríamos hablar de lugares extraterritoriales de congregación restringida y, antes que nada, protegida. La ciudad reelabora el espacio público de modo que el afuera, lo abierto al exterior o lo urbano no sea una amenaza para los pobladores; en este sentido los equipamientos colectivos tienden crecientemente a erigir un simulacro de congregación, contacto, vida urbana, diálogo y ensanchamiento de la civilidad.

Marginalidad

Si admitimos que la *ciudad* es un momento de densidad de los equipamientos, el lugar donde el territorio es codificado como expresión del poder político y económico y en ese sentido (op. cit.: 29) los diferentes equipamientos urbanos son máquinas de producir ‘socius’ –sociedad– creo que hoy es posible postular que vivimos un momento de alta desintegración y deslocalización de la vida urbana sobre todo en los países subordinados o periféricos. En ellos, como es el caso de la ciudad de México, pueden advertirse de manera tajante y hasta brutal las proyecciones espaciales que promueve la llamada modernización sobre un espacio social fracturado por todas las desigualdades. El

abismo de la diferencia, a pesar de los voceros de la posmodernidad, no representa un lugar de encuentro entre ciudadanos (ni de la construcción de la ciudadanía) tampoco el espacio del diálogo y las posibilidades del reconocimiento de la alteridad. Identidad y alteridad son las secuencias de un mismo proceso de disolución en tiempos de crisis y de oscuridad en las ciudades de países como México.

¿Cómo trabajar, entonces, la diversidad, los abismos entre clases, la miseria siempre agravante, la corrupción y la criminalidad, la destrucción de los vínculos sociales en ciudades que se devoran a sí mismas y que asisten a una destrucción creciente de las reglas de urbanidad?

Si bien el desarrollo unificado del mercado capitalista tiende a hacer de las ciudades dispositivos homogéneos, ¿cuáles son los resultados? ¿Ciudades abstractas, como dicen los urbanistas y sociólogos del primer mundo? ¿O, sencillamente, como es nuestro caso, ciudades asediadas por amenazas de diferente naturaleza por las cuales tienden a destruirse los mínimos lazos de solidaridad y de vida civilizada o que fluctúan entre la civilización y la barbarie?

Por de pronto, como hemos visto, supervisar, vigilar y ordenar como principios de la urbanización y de sus equipamientos da como resultado lógicas de la diferencia y la discriminación. La diversidad y heterogeneidad poblacional es encuadrada y encasillada en lugares de vivienda y localización según sus marcas de clase y la calidad asignada a su condición de ciudadanos, según principios de clasificación, es decir, de inclusión/exclusión. El límite como principio antropológico convierte a la ciudad en múltiples ciudades, en fortalezas separadas, cantones, o para apelar a viejas designaciones, en reservas o relegamientos, y hasta en zonas de refugio. Las clases medias y altas se aseguran en condominios o residencias con altas bardas, perros entrenados, guardaespaldas y sistemas electrónicos de protección, vigilancia privada y hasta la privatización de las calles adyacentes.

El resto es la periferia, los cinturones de miseria² en donde flujos migrantes de población, la mayoría ilegales, han sido territorializados

2 Según el Banco Mundial y otras cifras recientes de Naciones Unidas el 80% de los habitantes de la ciudad de México se alinean en los rangos de la pobreza o de la pobreza extrema.

o sojuzgados en registros de clase o sencillamente de marginalidad: vivir en los márgenes o en la ‘mancha urbana’ aquella que se disemina sin límites fijos, flotante e inesperados por las orillas de la ciudad. En esa zona extraterritorial –la periferia– se hacina la masa de ‘bárbaros’ de la nueva sociedad, amontonada en los bajos fondos, asomándose detrás de la alambrada de la sociedad civil, de la fábrica, del barrio obrero, del desempleo apenas encubierto, del ambulante, de los grandes basurales y otros equipamientos colectivos informales apenas establecidos para sobrevivir. Buena parte de los habitantes de la ciudad de México nunca ha salido de la colonia donde habita, quizás alcanzó a entrever los ámbitos urbanizados de esa colonia, no conoce la ciudad ni el centro histórico de la ciudad, resumiendo, casi no tiene idea de dónde vive ni de lo que lo rodea. Para los habitantes de los suburbios de la miseria –los llaman paracaídas, bajan del cielo al infierno– ha sido necesario inventar la noción de criminalidad como fórmula jurídica que recubre a potenciales delincuentes. Pero sin duda, esta fórmula de carácter general, y aplicable en todos los casos, es solo una modalidad de asignar roles a los marginales o a los excluidos de modo de encubrir, en muchos casos, para quienes realmente trabajan.

Nos enfrentamos al caos, el desorden y el desborde como peligros potenciales de la gran ciudad. La supresión de los límites convenidos u objetos de norma social nos lleva a la realidad del exceso. Podríamos hacer una enumeración detallada de todas aquellas dimensiones en que se manifiesta la desmesura de la ciudad sin límites. Pero esto me llevaría a una larga disgresión que no creo que tenga caso en estas circunstancias. Por el lado extraterritorial, que según venimos viendo forma parte sustancial de la ciudad, puedo situar algunos hechos: la ocupación de las calles, el comercio ambulante o el mercado persa: las mafias del comercio, sus caciques y sus relaciones con el poder. La prostitución: los sexo-servidores, que como eufemismo parece ser una conquista de las nuevas formas de civilidad, permanentemente perseguidos por los cuerpos policíacos que los extorsionan; las mafias de los cuerpos policíacos y judiciales en connivencia con las bandas de narcotraficantes y delincuentes especializados en secuestros, intimidación, violaciones, tortura y asesinato. En fin, la institucionalización de la delincuencia y el crimen organizado con mano de obra calificada pa-

ra matar que son los ex-policías separados de sus cargos por ilícitos de diferente naturaleza.

La extraordinaria escalada de la descomposición social permite, legítimamente, hablar de un estado de terrorismo urbano en el que los actores provienen tanto de las periferias como de las cúpulas del poder. O mejor dicho, proviniendo de las periferias pueden contar con la complicidad de los funcionarios encargados del orden y la seguridad de la ciudad.

En estos últimos ámbitos, en donde se involucran las altas esferas, ya no se habla ni de criminalidad ni de delincuencia, solo de excesos o de transgresiones personales. Y, como sabemos, en la jurisprudencia burguesa, los burgueses son sagrados hasta tanto se demuestre lo contrario, cosa que no suele ocurrir con frecuencia. Como en muchos otros países y ciudades del tercer mundo, la sacralidad del poder en México es prácticamente inexpugnable.

De la asignación de identidades

Convendría señalar al respecto que los equipamientos colectivos tienen multiplicidad de funciones y una de ellas, para nada la menos importante, trabaja u opera sobre la identidad, se cierra sobre el 'yo', sobre la persona, asignándole casilleros restringidos de existencia civil de modo de evitar el peligro virtual de la masa libre o protagonista de acciones sociales. Se trata de la asignación de roles y la definición de caracteres o tipologías sociales. Cada tipo de equipamiento produce un personaje y un conjunto de representaciones sociales. Estos no se circunscriben a la masa de marginales, alcanza a la totalidad de la población: el alumno a la escuela, el viejo al asilo, los mayores a los clubes de la tercera edad, los locos al manicomio, los delincuentes a la cárcel, la gente decente a la televisión o a un cine protegido, los jóvenes a las discotecas o los bares inocuos de las cadenas norteamericanas, las familias en sus casas suburbanas, en los llamados multifamiliares.

Pero el espectáculo de la marginalidad en las grandes ciudades no acaba aquí: hay un enorme repertorio semántico para designar a 'los que no son como uno', en el que afloran todas las formas ideológicas del racismo y la discriminación: se hablará del lépero, el pelado, el na-

co, el indio, el negro, el joto, etcétera, todos ellos, como señala Monsivais (Monsivais 1998) resultado de una síntesis histórica de los procedimientos de inclusión/exclusión, determinante para entender el empobrecimiento y el envejecimiento sistemático de la sociedad. Para este autor el problema consiste en que los excluidos tienen que aceptar a fuerzas la identidad asignada y los procedimientos de la exclusión, lo cual refuerza la imposibilidad de integración y un enorme costo psíquico para asumir esa identidad asignada y construir su propia historia, adaptarse al medio y sufrir la culpa de no corresponder a la norma: en ese inmenso mosaico se juntan los subversivos, los guerrilleros, los disidentes políticos o religiosos, los judíos, los extranjeros, los minusválidos, los alcohólicos, los neuróticos anónimos, los indígenas, los homosexuales, los habitantes de la pobreza y la miseria, los iletrados, los analfabetos....etcétera, es decir la mayoría de la población. De algún modo, todos somos extranjeros y marginales en la ciudad de México.

Habría que analizar con detenimiento de qué modo los intentos de codificación territorial para producir el arraigo de masas de población a través de equipamientos, planificaciones, formas de fijación de los movimientos y encuadramiento de las conductas, producen gradualmente mayores cargas de desarraigo y marginalidad. Sin duda una respuesta elemental es aquella que nos conduce a pensar que toda codificación espacial en mundos de creciente desigualdad lo único que pretende es poner a cada quien en su lugar y en ese sentido marcar las líneas de diferenciación que permitan mínimamente ordenar las multiplicidades, articular el todo y sus partes, relacionar estas últimas entre sí, es decir, resolver los problemas clásicos del poder. Pero en esa lucha sin cuartel los segregados, los confinados, los marginales tienen algo que decir, algo que hacer; el estigma produce transgresiones de toda naturaleza y, sobre todo, una normatividad extraterritorial y extralegal dispuesta a ejercerse sobre el territorio y los habitantes del que han sido expulsados.

Territorios audiovisuales: vámonos por la paz

Si la ciudad como espacio de comunicación está en vías de destrucción en sus puntos más frágiles y aun hasta en los más fuertes, nos asiste todavía como reaseguro para el sosiego y el encuadramiento de

la población el tendido ingrátido de las redes audiovisuales. Creo que estos dispositivos representan un nuevo estadio de los equipamientos colectivos y de la vida urbana puesto que en su proyección y repercusiones producen ciudad, producen sociedad, aunque sea una sociedad imaginaria.

Como lo he venido postulando, *todo lo que es capaz de fluir produce un nuevo equipamiento colectivo* (Fourquet y Murard 1978:78), por ello, no es posible hablar de equipamientos aislados sino de una constelación; cada equipamiento originario se rodea de tecnologías adyacentes, periféricas, cuya función es recuperar a los diferentes segmentos o masas de población, que son distribuidos en ciertos espacios sociales 'según un sistema cerrado de disyunciones limitativas'.

Por su parte, los medios de comunicación, en particular los dispositivos electrónicos, instituyen un nuevo sistema que, a primera vista, parecen estar fuera de los equipamientos colectivos convencionales. Si bien, por un lado, son dispositivos plenamente ligados a las esferas públicas del poder económico y político, en órbitas nacionales y transnacionales, por el otro su anclaje es individual y familiar. Se podría postular, quizás, que estos equipamientos, como híbridos sociales, son espacio de intersección entre las esferas públicas y privadas; sometidos a reglas de poderes fuertemente centralizados, son al mismo tiempo soporte de la vida cotidiana y de la privatización de las prácticas culturales.

"Toda la cuestión del socius consiste en impedir que los flujos del deseo se desparramen..." escribía Felix Guattari en el libro ya citado (op. cit.:95). Y, si proseguimos estas ideas, es posible imaginar que los dispositivos audiovisuales representan una nueva vía para la distribución de masas de población en espacios localizados y bajo control, un dispositivo que adquiere el valor de casillero para la concentración de los cuerpos, en este caso, en un ámbito de fluidez relativa: la familia conyugal, la casa. En la medida en que se trata de terminales domésticas, este dispositivo define, instituye, una nueva relación de los individuos con la ciudad y la vida colectiva, otra manera de concebir las relaciones sociales y la esfera pública y una nueva diagramación de la vida cotidiana. *Ahora es posible imaginar la movilidad sin desplazamientos*. Desde esta perspectiva, las nuevas tecnologías de comunica-

ción pueden ser concebidas como equipamientos de recaptura, de perfeccionamiento de los lugares de anclaje de los cuerpos, de reciclaje de toda una tradición dentro de lo que se ha dado en llamar equipamientos culturales en las grandes urbes.

En este sentido, y del mismo modo que en otros casos de espacios representativos de la vida urbana, estos no pueden ser concebidos de manera aislada, se trata de una constelación de equipamientos que redefinen el trazado cultural de una ciudad y los estilos de habitar y de vivir el entorno. Es una red que toca múltiples puntos de la vida social y que se reproduce, en innovaciones crecientes, con nuevas tecnologías que al mismo tiempo que aseguran la eficacia de las existentes tienden a desplazarlas hacia lógicas de mayor eficacia. Las redes de comunicación transfronterizas crecen al mismo ritmo vertiginoso que las distancias y desequilibrios de las diferentes sociedades exigen una recodificación de los vínculos sociales. De este modo se establece una nueva agrupación de instituciones que van configurando un determinado paisaje social en sus múltiples conexiones: los hospitales con otros centros de reclusión, con la familia y la casa; la empresa con la escuela y las vías de circulación rápida; los teatros y los cines en declinación con las pantallas domésticas; los aeropuertos con los supermercados y los grandes centros comerciales, los museos en expansión electrónica con las realidades virtuales. Y todos ellos en una conexión global que marca las líneas de intensidad propias de un estado de la cultura y de la sociedad.

Por consiguiente, es necesario establecer un *continuum* entre dominios que hasta hace poco eran privativos de los aparatos de Estado y otros que dependían de la iniciativa privada y de la vida privada. Porque son campos o sistemas de concentración de los cuerpos que, como conjunto y en sus variadas articulaciones, prescriben un determinado uso del territorio, a la vez que inducen los vínculos que ligan a sus habitantes, normalizan, de algún modo, las energías colectivas y proyectan una cierta idea de identidad y pertenencia que trasciende las nociones antropológicas clásicas. Las geografías simbólicas, hoy, trazan tal vez intensidades y flujos de reconocimiento más poderosos que los territorios 'reales' o terrenales, si podemos decirlo así. Del mismo modo que los no-lugares o lugares del anonimato recluyen a los individuos

en espacios de soledad y distanciamiento de los demás, que es decir de las redes urbanas clásicas.

Las tecnologías audiovisuales se inscriben en esta línea de acción que opera con particular eficacia en las atmósferas íntimas y en los circuitos de ‘personalización’ de los individuos. Siguen el curso de desinstitucionalización de los mecanismos de control y actúan por intensificación de las rutinas de todos los días, como horizonte de posibilidad de las prácticas y del tiempo de vida, constituyendo, –diría Francois Ewald a propósito de otros dispositivos–, un espacio, un espacio parejo, intercambiable, indefinidamente redundante y sin exterior. Como ya lo señalé, la productividad de este dispositivo y la cualidad de sus disciplinas están íntimamente ligadas al hecho de que definen la organización espacial y temporal de los sujetos, fijando, arraigando a los individuos a espacios localizables y bajo control e intensificando las redes de la familia intensa, para volver a la metáfora de Richard Sennett. Podríamos agregar que los territorios audiovisuales representan también la configuración de nuevas disposiciones y disciplinas que se acercan bastante a las disciplinas de la indiferencia que apelan crecientemente al individualismo, a una visión desterritorializada del mundo y a los núcleos más resistentes de los sistemas sociales, en particular la familia conyugal. Y en este proceso de paulatino repliegue, de satelización de lo real, lo que se define es una suerte de encierro que paradójicamente parece contener el universo: lo que se encierra es el afuera diría Maurice Blanchot, metáfora que he usado en varias ocasiones anteriormente pero que me sigue pareciendo de un intenso valor evocativo de los aires de nuestros tiempos.

Porque, sobre todo, en ciudades de amenazas crecientes, lo que se encierra es el exterior, el afuera purificado o desmaterializado, en donde prevalecen las economías ficticias sobre la territorialidad. La televisión no solo es un contacto ingrátido con el mundo exterior, es básicamente ese contacto mediado por tecnologías que impiden el enfrentamiento con el mundo real hoy asediado por la desarticulación de las redes urbanas, o al menos de la mayoría de ellas, que procuraban un paisaje compartido y ciertas formas de convivencia y solidaridad que parecen eclipsarse gradualmente.

Referencias bibliográficas

Chambers, Iain

- 1995 *Migración, cultura, identidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Vattimo, G. y otros

- 1990 Posmodernidad: Una sociedad transparente?, *En torno a la Posmodernidad*, Barcelona: Anthropos.

Roman, Joel

- 1994 *La ville: chronique d'une mort annoncée?*, Revista Esprit, París: Juin, p.5.

Maffesoli, Michel

- 1990 *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria.

Sennet, Richard

- 1978 *El declive del hombre público*, Barcelona: Península.
1995 *Vida urbana e identidad personal*, Barcelona: Península.

Fourquet, Francois y Lion Murard

- 1978 *Los equipamientos del poder*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Monsivais, Carlos

- 1998 Los espacios marginales. *Revista Debate Feminista*. Abril, México D.F.